

la palma de la mano lo que debía ser pólvora y resultaba ser arena.

## XV

—Los cartuchos están llenos de arena— exclamó la muchacha, mostrando á todos aquel objeto.

Y al mismo tiempo los hombres allí presentes sacaban de sus sacos otros cartuchos, los mordían, y en efecto, en todos ó en casi todos aparecía arena.

—¡Ese traidor nos ha dado cartuchos de arena!

La terrible voz cundió por la plaza. Allí cerca había un retén de guardia de voluntarios. Sacaron el depósito de cartuchos, mordíanlos, y por cada dos ó tres con pólvora, había uno con arena. Esto lo vimos el Gran Capitán y yo, y ambos nos quedamos mudos de indignación.

—Pues indudablemente ha habido traición — dije yo.

—¡Poner arena en los cartuchos! ¡Qué alevosía! Esto es entregar la patria villanamente al extranjero.

—El que tal ha hecho—exclamé no ocultando mi rabia,—es un miserable que debe ser castigado.

—Gabriel, no lo creí—vociferó mi amigo, derramando lágrimas de coraje;—no creí que hubiera españoles capaces de semejante vileza. No, el que tal ha hecho no es español,

Y los dos, casi sin darnos cuenta de ello, hicimos coro con la rabiosa multitud, gritando: ¡Mueran los traidores!

—¡Ese Mañara, ese ladrón!—gritaron á nuestro lado.

—¡El ha sido! ¡Mueran los traidores y viva Fernando VII!

¡De arena! ¡Los cartuchos de arena! Esta funesta frase corrió por todo Madrid más rápidamente que si la llevara la electricidad. En muchas partes, que no en todas, pudo confirmarse la verdad de la afirmación; pero la ira era general, y el que había puesto arena en los cartuchos fué condenado á muerte por la indignación popular. Mi amigo y yo observamos que la multitud corría en todas direcciones; pero los más iban hacia la Merced. Desapareció de nuestra vista la Pelumbres, el tío Mano, y desapareció también la Zaina. Corrimos por la calle de Jesús y María, y al llegar á la de la Magdalena, la vimos completamente llena de gente: todo el vecindario estaba en los balcones, y un clamor inmenso llenaba la vasta longitud de la calle. Hacia el centro de ella existía entonces, y existe aún, una casa suntuosa, pero de bastarda y ridícula arquitectura, por haber puesto en ella su mano D. Pedro de Ribera, autor de la fachada del Hospicio. A aquella casa histórica, residencia antes y también hoy de una respetabilísima familia, por mil títulos merecedora de la estimación pública, se dirigían las amenazas de la muchedumbre, borracha de ira. Todos querían entrar; pero

las puertas estaban cerradas. Este obstáculo no tardó en desaparecer, y terribles hachazos hicieron temblar las labradas maderas de la puerta señorial, protegida por el ancho escudo que en esculpidos emblemas representaba hazañas y virtudes de otros tiempos. Mas ¿quién reparaba en esto? El pueblo, que ya había pisoteado en Aranjuez la real corona, no vacilaba en pasar por sobre la de un noble. Hicieron, pues, pedazos la puerta, y el pueblo entró desbordándose e invadiendo el palacio, como un río que rompe los diques que durante siglos le han contenido y se extiende por el llano con ímpetu destructor. Entraron todos, los que iban con algún objeto y los que no iban más que á gritar. No debía, pues, hacerse esperar mucho la satisfacción de la popular furia, y bien pronto nos quedamos helados de terror, oyendo decir: "Le han matado, ya le han matado."

¡Pobre y desgraciado Mañara! Ayer ídolo, ayer amigo, ayer compañero de la vil plebe, cuyo traje y costumbre, y hablar y modos imitaba, hoy inmolado por ella con barbarie inaudita, con esa cruel presteza que ella emplea ¡la infame furia! en todas sus cosas.

Pero lo espantoso, lo abominable, y más que abominable vergonzoso para la especie humana, fué lo que ocurrió después. La plebe tiene un sistema especial para celebrar las exequias de sus víctimas, y consiste en echarles una cuerda al cuello y arrastrarlas después por las calles, paseando su obra criminal, sin duda para presentarse á los piadosos

ojos en la plenitud de su execrable fealdad. Esto pasó con el cadáver del infeliz regidor, á quien conocimos amante de Lesbia, amante de la Zaina, amante de todas, pues no hubo otro que como él prodigara su hermosa persona en altas y bajas aventuras; esto pasó con el cadáver del infeliz á quien llamo D. Juan de Mañara, no porque éste fuera su nombre, sino porque me cuadra designarle así, para no andar trayendo y llevando los títulos de respetables casas, por los altibajos de esta puntual historia. Pero apartemos los ojos, no miremos, no, ese despojo sangriento que por la calle de la Magdalena, y después por la del Avapiés abajo, arrastran en inmundada estera unos cuantos mónstruos, hombres y mujeres tan sólo en la apariencia: cerremos los oídos á sus infames gritos, y sobre todo no miremos ese destrozado cuerpo, aún caliente, á quien las puñaladas, los golpes, el frecuente tropezar van quitando la figura humana, haciendo un girón lastimoso de lo que fué, de lo que era pocos minutos antes hombre gallardo y gentil, y lo que es más digno de consideración, hombre dichoso y amable. Y mientras pasa esa salvaje bacanal, ese río de sangre y de infamia y de crimen, meditemos sobre las mudanzas mundanas, y especialmente sobre las cosas populares, las más dignas de meditación y estudio.

¿Era Mañara autor de la traición indudable descubierta en los cartuchos de arena? Histórica, no hija de nuestra invención, es la persona de Mañara; histórica es también su

vida licenciada, sus hábitos manolascos, sus aventuras y trato con la gente de los barrios bajos; histórica es también la Zaina, y tan históricos como la Jura en Santa Gadea y el compromiso de Caspe, son sus amores con el regidor, su abandono, sus celos, su despecho, su ira, su sed de venganza y el descubrimiento, fatalmente hecho por ella, de los cartuchos de arena. Para saber todo esto basta leer media página de la historia mejor y más conocida que sobre aquellos tiempos se ha escrito. Pero ni en este eminente libro, ni en otro alguno, ni en boca de ningún viejo oíréis razones para contestar categóricamente á la pregunta que antes hice. ¿Fué Mañara traidor? ¿Intervino él en la obra criminal de los cartuchos de arena?

Os diré francamente que yo tampoco lo sé; pero debo advertiros que nunca tuve á aquel desgraciado por capaz de acción tan fea. Mañara pecaba de libertino, de ligero, de vano, y más que nada de enamorado. Jamás se distinguió en otras maldades que en las del amor, por cierto bien perdonables. Le conocí alevoso y traidor en cuestiones de faldas; pero no supe nunca que en asuntos graves faltara á las leyes del honor. Con estos antecedentes casi puede asegurarse que no fué Mañara autor de la superchería de los cartuchos. ¿Pues quién lo fué entonces? Esto sí que ni la historia, ni la tradición, ni los viejos, ni yo, podemos decíroslo. ¿No habéis observado que todos los movimientos populares llevan en su seno un germen de

traición, cuyo misterioso origen jamás se descubre? En todo aquello que hace la plebe por sí y de su propio brutal instinto llevada, se ve tras la apariencia de la pasión un tejido de alevosías, de menguados intereses ó de criminales engaños; pero ningún sutil dedo puede tocar ni determinar los hilos de esta tela escondida, en cuyas mallas quedan enredados y cogidos mil bárbaros incautos.

¿Quién hizo correr la voz de la traición de Mañara? ¿Fué todo obra deliberada de la Zaina? La historia dice que sí; pero yo creo haber oído tachar de sospechoso al pobre regidor en parajes muy distantes de la calle de la Pasión. Sin duda el frecuente roce con la plebe había desconceptuado mucho á don Juan en la opinión de sus iguales. Carecía en absoluto de respetabilidad, y el que la pierde entre los de arriba, queriendo sustituirla con bajas amistades, que son siempre inconstantes, está expuesto á perderlo todo en un momento, y á que cualquier chispa fugáz incendie de improviso la fábrica de una reputación que no se funda en nada sólido.

Mañara había adulado á la plebe imitándola. Con este animal no se juega. Es como el toro, que tanto divierte y de quien tantos se burlan; pero que cuando acierta á coger á uno, lo hace á las mil maravillas. Vimos caer á Godoy, favorito de los reyes, y ahora hemos visto caer á Mañara, favorito del pueblo. Todas las privanzas que no tienen por fundamento el mérito ó la virtud, suelen acabar lo mismo. Pero nada hay más repug-

nante que la justicia popular, la cual tiene sobre sí el anatema de no acertar nunca, pues toda ella se funda en lo que llamaba Cervantes *el vano discurso del vulgo, siempre engañado*.

—Pero vámonos de aquí—dije á mi amigo.—¿No oye usted lo que dicen esos que pasan? Dicen que los franceses han aparecido por Fuencarral.

—Vamos, vamos á cumplir con nuestro deber—repuso el Gran Capitán, siguiéndome por la calle de las Urosas.—Pero me temo que lo que debía ser gloriosísima jornada, va á ser cualquier cosa, gracias á esa vil gentualla. La traición mina la plaza. Eso de los cartuchos de arena me ha puesto triste, y el miserable canalla que tal hizo merece mil muertes.

Madrid, después de inmolado Mañara, continuaba inquieto, como presagiando grandes males, mientras los frailes agonizantes arrancaban de manos del pueblo el cadáver informe. La noticia de que los franceses estaban á las puertas de la villa, lo hizo, sin embargo, olvidar todo, y corría la gente azorada y medrosa, creyendo ver asomar, al volver de una esquina, la figura característica del azote de Europa.

## XVI

El cuerpo de voluntarios á que yo pertenecía fué destinado á defender la Puerta de los Pozos (la misma que después se llamó de Bilbao, al extremo de la calle de Fuencarral) y el inmediato jardín de Bringas. Consistía su fortificación en un foso no muy profundo en un gran espaldón de tierra y piedras, á toda prisa levantado, y en seis cañones de á 6. La tapia, que no tenía facha de inexpugnable, como recordarán los que han alcanzado alguno de sus heroicos trozos, había sido aspillerada en toda su extensión. Iguales, poco más ó menos, eran las fortificaciones de las vecinas puertas de Santa Bárbara y Fuencarral. El sitio donde se habían levantado obras más considerables era la puerta de Recoletos, monumento que ha durado hasta ayer y que no necesito designar topográficamente, con su costauilla de la Veterinaria ni su convento de Agustinos, porque los mozuelos barbilampiños los han conocido. Pero volvamos á los Pozos, puerta destinada á ser teatro de nuestro heroísmo, y empecemos diciendo que en la noche del 1.º de Diciembre nos situamos allá, tan convencidos de que íbamos á ser atacados, que estuvimos largas horas sobre las armas, dispuestos á vender caras nuestras vidas. La fuerza se componía de estos elementos: unos sesenta soldados, que aunque

no todos artilleros, hacían de tales por necesidad imprescindible; cuatro compañías de voluntarios antiguos, con los cuales mezclábase un número irregular de conscriptos, y como ochenta hombres de la milicia *honrada*, á quien mandaba ó quería mandar el Gran Capitán, no sé si con el título de sargento, coronel ó general, pues cualquiera de estos grados le cuadraría. Los soldados estaban fríos y con poco ánimo; los voluntarios inflamados de patriotismo y llenos de ilusiones; pero tan inexpertos, que no daban pié con bola, como vulgarmente se dice, á pesar de estar entre ellos el gran Pujitos; y finalmente, los *honrados* no cabían en sí de entusiasmo, no obstante ser todos ellos personas de paz, y tener algunos buena carga de años á la espalda, especialmente los de la compañía, ó mejor, los del grupito en que alzaba el gallo D. Santiago, cuya hueste se componía de respetables porteros y criados de la oficina de Cuenta y Razón.

En cuanto á jefes, debo decir que allí no existían en todo el rigor de la palabra, pues si bien entre la tropa había oficiales valientes y entendidos, no sabían ó no querían hacerse obedecer de los paisanos, de cuya desconformidad resultaba que allí cada cual hacía lo que le daba la gana y según su propia inspiración; y aunque mi amigo tenía pretensiones de imponer su autoridad, esto no pasó nunca de un conato de dictadura que más se inclinaba á lo cómico que á lo trágico.

En cambio, reinaba gran fraternidad, y cuando avanzada la noche tuvimos la certeza de que no había tales franceses por los alrededores, nos reunimos en el jardín de Bringas, y encendida una gran hoguera, celebramos agradable tertulia, donde se habló de temas patrióticos con la verbosidad facundia y exageración propia de españolas lenguas. Cuál encomiaba la defensa de Zaragoza, cuál ponía la defensa de Valencia contra Monecy por cima de todos los hechos de armas antiguos y modernos; quién decía que nada podía igualarse á lo del Bruch; quién encomió hasta las nubes la vuelta de las tropas de la Romana, y por último, no faltó uno que, sin quitar su mérito á estas gloriosas acciones, pusiera sobre los cuernos de la luna cierta campaña famosa de Portugal en 1762.

Disipado todo temor, muchas mujeres fueron á visitarnos, y entre ellas no faltó doña Gregoria, ni doña Melchora con las niñas, ni tampoco la señora de Cuervatón, pues ha de saberse que su marido formaba en las filas de los *honrados*. Para que no se crea que todos éramos gente de poco más ó menos, añadiré que algunas altísimas damas fueron á visitar á sus hijos, hermanos ó maridos, que allí se andaban mano á mano con nosotros, ó como voluntarios ó como sorteados.

Cenamos, bebimos, cantamos, hablamos, y por último, á todos nos vino el deseo de llevar adelante alguna hazaña aquella mis-

ma noche. El primero que emitió la idea fué D. Santiago, y al punto se la aceptó con alborozo, determinando hacer una exploración camino arriba hasta Fuencarral, por ver si realmente estaban los franceses tan cerca como se creía. A toda prisa se preparó la salida, y á eso de las dos de la madrugada nos pusimos en marcha unos doscientos hombres, en buen orden, y mandados por un coronel de ejército.

—¡Qué bueno fuera—me decía Fernández, —que ahora tropezáramos con una avanzada enemiga y la derrotáramos en un abrir y cerrar de ojos, volviendo á Madrid con unos cuantos miles de prisioneros!

—Todo podría ser, amigo mío—le respondí,—que para la voluntad de Dios no hay nada imposible.

—Más gracioso aún sería—prosiguió,—que el bergante del emperador se anduviera paseando por ahí, mirando desde lejos la gran ciudad que aspira á ganar, y le sorprendiéramos de sopetón, echándole mano para llevarlo á Madrid sobre un asno foncarralero.

—También es posible—repuse,—y pongamos que ese señor se haya aburrido de estar en su campamento, y tomando una escopeta, á pesar de la obscuridad de la noche, se venga con un par de generales y un par de perros por esos trigos á levantar y correr perdices; que todos los monarcas suelen ser cazadores.

—Eso no me parece verosímil—dijo,—pero bien podría suceder que ese hombre,

conociendo que no puede vencernos por la fuerza, intente dar al traste con la astucia á nuestro poderío, y se disfrace con el traje de un payo huevero de Alcobendas, para acercarse á nuestras formidables fortificaciones y estudiarlas cómodamente.

Con estos y otros coloquios rebasamos más allá de la venta, situada en lo que hoy se llama Cuatro Caminos, sin hallar alma viviente ni sentir rumor alguno; pero cuando estábamos cerca del camino que á mano derecha conduce á Chamartín, percibimos un ruido lejano que á todos nos dejó suspensos, pues no parecía sino que temblaba la tierra al galopar de millares de caballos.

—¡Es una avanzada de caballería!—gritó nuestro coronel.—Retirémonos.

—¿Qué es eso de retirarse?—exclamó con enojo el Gran Capitán.—¿Somos españoles ó qué somos?

—No tenemos más que cuatro caballos—le dijo el jefe.—Si nos dan una carga, ¿qué va á ser de nosotros?

—¡Qué cargas ni cargas! ¡Buénos son ellos para meterse en cargamentos! Ea, muchachos, el que quiera seguirme que me siga; yo voy adelante.

Los *muchachos*, cuyo patriotismo invocaba Fernández, eran seis ó siete vejestorios como él, compañeros en la portería y servicio interior de las oficinas de Cuenta y Razón. Pero aquellos valientísimos militares, duchos en el manejo de la escoba que en el de otra arma alguna, profesaban aquel prin-

cipio tan sabio como famoso, de que una retirada á tiempo es una gran victoria, y todos á una manifestaron al Gran Capitán que no le seguirían en tan temeraria empresa, pues hazañas sin cuento podrían realizar tras las fortificaciones.

El escuadrón francés avanzaba, á juzgar por el acrecentamiento del ruido; pero no veíamos cosa alguna. Se dió orden de retirada, y para hacerla más á salvo, nos desviamos del camino, escurriéndonos por una hondonada que caía hacia la dehesa de Amaniel. D. Santiago renunció á regañadientes á los peligros de una lucha con los dragones que á toda prisa avanzaban, y me decía:

—Pensar que de esta manera hemos de vencer, es una necedad. En la guerra ha de fiarse todo á lo imprevisto, á la sorpresa y á los golpes de mano. ¿Qué nos costaba esperar esos caballos, sorprenderlos, matar á los ginetes y entrar en Madrid caballeros los que salieron peones?

En esto vimos un bulto, un hombre, que saliendo precipitadamente de detrás de unos tejares, corrió hacia la carretera, al parecer huyendo de nosotros.

—¡Eh! ¡Un hombre! ¡Un espía!... ¡Quién vive!— gritamos, corriendo algunos en su persecución.

Detúvose el hombre ante nosotros con muestras de tener mucho miedo, y entonces advertimos que su traje era el de un paletto, con ancho sombrero y una manta por capa. Cuando nos llegábamos á él, pareció vacilan-

te é indeciso; pero al fin oyéndonos hablar, abalanzóse hacia nosotros, diciendo:

—¡Ah! Sois españoles. Gracias á Dios: ya me he salvado.

Acabando de decir esto cayó de rodillas. Pero en el mismo instante llegóse á él con aire resuelto el Gran Capitán, y poniéndole en el pecho la boca del fusil, exclamó con voz exaltada y furiosa:

—Dése á prisión Vuestra Majestad Imperial y Real. Bien lo decía yo; pero á mi no me la da usted... digo, Vuestra Majestad, que soy perro viejo, y hartó se ve que disfrazado con traje de paletto, se acerca Vuestra Majestad Imperial á nuestra gran plaza para estudiar las fortificaciones.

—Hombre de Dios—dijo el payo,—usted es loco ó me toma por el emperador Napoleón.

—¡Por quién le he de tomar, hermano! A mí no se me engaña con palabritas. Es Vuestra Majestad mi prisionero, y no le he de soltar aunque me dé siete reinos. ¡Viva España y viva Fernando VII!

Todos los circunstantes nos reímos, lo cual desconcertó á D. Santiago, y al punto el prisionero dijo levantándose:

—Yo, señores, soy oficial del ejército de D. Benito San Juan, y he asistido al desastre más funesto de esta campaña. Perdí en la acción de Somosierra á mi padre y á dos hermanos, y vengo huyendo de las guerrillas francesas que persiguen á los dispersos. Tuve que disfrazarme en Roblegordo para

evitar que me cogieran, y á pié he llegado hasta aquí. Pero si quieren que les diga más, dénme algo que me sustente, pues con dos días de no probar bocado, estoy cayéndome muerto por instantes.

Un compañero nuestro le dió á beber un trago de aguardiente, con lo cual tomó fuerzas y pudo seguirnos, reanimado también moralmente por verse en nuestra compañía. El Gran Capitán, corrido y confuso, marchaba silenciosamente á su lado, pero no las tenía todas consigo, y todo se le volvía mirar y remirarle, sospechando que si no el mismo emperador, podía ser algún generalazo ó cualquier archipámpano de la corte imperial.

—Con ser tantas mis personales desdichas —dijo el desconocido, —pues en el campo de batalla quedaron mis dos hermanos y mi buen padre (que somos de un antiguo solar de tierra de Sepúlveda), todavía abrumba mi ánimo más que nada la catástrofe nacional de que he sido testigo. Nosotros acudimos á tomar las armas en defensa de la patria. Felices mil veces los que murieron por tan santo objeto, y malhayan los que quedamos para contar tan gran desventura. ¿Sé sabe ya en Madrid la derrota de San Juan? ¿Cómo se cuenta? ¿Qué se dice? Se nos tachará de medrosos ó cobardes. ¡Oh, señores! Yo no creo que sea posible llevar más adelante el heroísmo. Nuestros soldados se han conducido con bravura portentosa, y si no vencieron, fué porque la superioridad de los ene-

migos y su mucho número lo han hecho imposible.

—Eso será lo que tase un sastre—dijo el Gran Capitán.—¿Por dónde anda ahora San Juan? Porque yo entiendo que fingió retirarse para atacar después de mejor posición.

—¡Qué ha de fingir, hombre, qué ha de fingir!—repuso el oficial.—San Juan, si es que vive, andará fugitivo como yo y sin un solo soldado.

—Eso no puede ser, caballero. ¿Cómo se entiende? Si eso fuera cierto, señor mío, significaría ni más ni menos una especie de derrota.

—Pues ya lo creo, pero les contaré punto por punto. San Juan tomó buenas posiciones en el paso de Somosierra y puso una vanguardia en Sepúlveda. Atacaron ésta los franceses anteayer de madrugada; mas no pudieron romper su línea y tuvieron que retirarse.

—¿Los franceses? Bien—dijo el Gran Capitán.—Pues si se retiraron, ¿cómo se entiende nuestra derrota?

—Paciencia, señor mío, paciencia. Sepa usted que sin aparente motivo, aunque es fácil comprender que ha habido algo de traición, la vanguardia de Sepúlveda, á pesar de quedar victoriosa, se retiró á Segovia. Avanzaron los franceses, y nos atacaron en nuestras posiciones de Somosierra. Nosotros no teníamos bastantes fuerzas para defender el paso, y mucho menos después de la defección, ó no sé cómo llamarlo, de la vanguardia. Sin



embargo, nos resistimos toda la mañana de ayer, aglomerando nuestra gente en el camino, y sin disponer de fuerzas ligeras que flanquearan las alturas. Los franceses que traen muchos soldados y cuerpos de todas clases, dispusieron guerrillas de cazadores que en un instante tomaron las alturas, y con un cuerpo de caballería polaca nos cargaron en la carretera de un modo espantoso. No puede formarse idea de aquel ataque si no viéndolo. Escuadrones enteros se estrellaban contra nuestra batería y centenares de ginetes caían despeñados á los abismos que costean el camino; pero sus recursos son inmensos; tras un escuadrón inútilmente sacrificado, lanzaban otro y otro, sin que se les importara ver morir oficiales á centenares y generales por docenas. Con este ataque incesante combinaban el fuego de las tropas ligeras, desparramadas por los altos, y al fin sucumbimos al número, que no al valor. Los franceses se abrieron paso á costa de inmensas pérdidas, y luego persiguieron á los restos de nuestra tropa con tanto encarnizamiento, que dudo hayan podido sobrevivir muchos. La mayor parte, pereciendo en aquellas fragosidades, han cumplido con su deber, que era defenderlas mientras tuvieran cuerpo vivo en que recibir una bala. No fué posible más, porque más habría sido hacer milagros, y éstos sólo Dios los hace.

Calló el oficial, y todos los que le oíamos estábamos tan apesadumbrados y tristes con su relato, que no le contestamos nada. Tam-

poco él habló más, y así silenciosos y taciturnos llegamos á Madrid y á nuestra Puerta de los Pozos, donde el desgraciado tránsito halló una hoguera en que calentarse, y un bocado con que reanimar las fuerzas. Todos le prodigaban solícitos cuidados, menos D. Santiago Fernández, el cual no podía desechar cierta comezón y desasosiego.

—Gabriel—me dijo, llevándome aparte, —no insisto por no parecer pesado; pero digan lo que quieran los demás, ese hombre que hemos encontrado no me gusta, y quiera Dios no tengamos que sentir; porque yo sé, y tú sabráslo también, que en las guerras es muy común eso de disfrazarse para visitar el campo enemigo y examinar á mansalva las fortificaciones, así como también es cosa corriente sobornar á algún infeliz para que, fingiéndose amigo, penetre en la plaza y haga circular noticias falsas que desalienten á los sitiados.

Amaneció el 2 de Diciembre, y á favor de las primeras luces del día se distinguieron fuertes columnas de caballería francesa en los cerros del Norte. Ya estaban allí, y no eran pocos ciertamente.

## XVII

Aquella mañana fué muy alegre para nosotros, porque sin motivo alguno que lo justificara, nos sentíamos tan animados, que no nos cambiáramos por los sitiadores. El